

El paradigma del homicida viaja en el Metro

*Raúl Villamil Uriarte**

Quien entra aquí, lo abandona la esperanza.
Dante, *La Divina Comedia*.

De las múltiples cuestiones de fondo que nos plantea la pregunta guía de este texto —¿qué produce la violencia en la sociedad mexicana actual?— no se puede seguir omitiendo para la lectura de los acontecimientos sociales marcados por la violencia, la percepción personal que empuja a los individuos a la experiencia del límite que conduce al abismo. Experiencia del sujeto desde lo más íntimo, que actualmente caracteriza al universo de desesperanza en el que se encuentra inmerso nuestro país y, en este caso, la ciudad de México específicamente.¹

El submundo de la intolerancia circula como discurso transgresor al de la realidad que angustiosamente intentan sostener las maquinarias oxidadas del Estado. La alteración de la cotidianidad toma forma concreta en el aumento considerable de los delitos de sangre: masacres, asesinatos,

* Profesor-investigador del Departamento Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

¹ Para Eliot Jaques, las instituciones sirven de soporte a las ansiedades psicóticas de los individuos, lo cual quiere decir que, para todos los sujetos, es muy importante sentirse soportados, identificados y pertenecientes a un todo organizado bajo una razón social; lo que permite la *pregunta que indaga sobre el desbordamiento de las instituciones sociales y políticas ante el descubrimiento de los cimientos asentados en la corrupción de los vínculos oficiales*. Es importante hacer notar la correspondencia que la Ciudad de México mantiene con otras ciudades capitales densamente pobladas, y con sus periferias, como el medio rural de Chiapas, Morelos, Guerrero y Oaxaca, como imaginario que baña de significado el modelo de violencia institucionalizada por el Estado.

multihomicidios. Esta retícula adquiere sentido en las tramas personales, que bosquejan las voluntades autónomas o enajenadas; homicidios o suicidios escenificados por sujetos que optan por quitarse la vida o no reparan en la ética del derecho a existir de los demás. Son novelas del orden de lo trágico, que inquietantemente abultan las estadísticas como casos aislados e individuales, pero que ganan espacios en las sociedades urbanas, alteradas por el delirio.

Los accidentes de la naturaleza (erupciones volcánicas, maremotos, terremotos, incendios, entre otros), así como las fugas de energía nuclear, las guerras, las hambrunas y la extrema miseria, que han afectado sensiblemente el destino de las multitudes organizadas, han sido y son de consecuencias dantescas para la ecología del planeta y en el psiquismo del individuo.

El destino del deseo y su hábitat de realización sin duda merecen un comentario aparte, por la capacidad de destrucción que han adquirido las máquinas de represión masiva (máquinas de repetición que usan pólvora para eliminar un mundo de personas por segundo; máquinas automotrices, de guerra o nucleares), las cuales pueden ocasionar en fracciones de un suspiro verdaderos holocaustos masivos de consecuencias incalculables; pero que, a fuerza de repetirse con más frecuencia e intensidad, se han vuelto más comunes y cotidianas, al grado de convertirse en residentes naturalizadas de nuestra llamada normalidad cotidiana y del sujeto colectivo que le da vida.

Es probable que, en la visión de la realidad del ciudadano, el significado que adquieren las expectativas de bienestar y satisfacción sean los motores más efectivos que animan el sentido de la vida, el cual se ve fuertemente afectado por la incertidumbre y el miedo en que la sociedad moderna despliega las explicaciones convencionales de los actos de devastación del ser humano y de lo que lo rodea, pero de manera más impune.

Lo anterior es un terreno fértil para la propagación de la corrupción y la violencia. El estallamiento del orden de simulación cotidiana se precipita, y cada vez es más visible en el horizonte de percepción institucional la degradación de las redes más lábiles del vínculo yo-otro. Invasión de los terrenos más íntimos, que como moraleja propone —de manera explícita— la pedagogía del terror con la que el Estado educa a la población desde una microfísica del poder.

Si este boceto de la realidad es válido, aunque sea de manera relativa, las interpretaciones especializadas y científicas sobre el por qué de esta

situación tan crítica ya no alcanzan, nunca han alcanzado, para hacer inteligible la complejidad de la intolerancia civil por la cual atraviesan los vínculos más íntimos como imaginario de relación del individuo con el otro.

... el ejemplo

Se plantea la necesidad de condenar, pero no se ve la razón de por qué castigar —a no ser la razón exterior insuficiente del ejemplo—. Habiéndose convertido entonces la razón del crimen en la razón de castigar ¿cómo castigar un crimen sin razón? Para castigar se necesita saber cuál es la naturaleza del culpable, su dureza de corazón, su maldad, sus intereses o sus inclinaciones. Pero si no se cuenta más que con el crimen por una parte, y con el autor por otra, la responsabilidad jurídica, seca y desnuda, autoriza formalmente el castigo, pero no puede darle un sentido.

Michel Foucault²

Entre los muchos eventos que ejemplifican lo anterior, y lo rebasan en demasía, está el caso de un agente de la policía judicial de no más de 20 años de edad que, en 1996, en la ciudad de México, aborda el Metro por la mañana y en el lapso de unos minutos realiza una de las escenas más controvertidas y grotescas, por los altos índices de sin sentidos, que pueden devastar los callejones más recónditos de la conciencia ciudadana de cualquier hombre común y corriente. Acontecimiento que cimbró la conciencia nacional, por la declaración del homicida sobre los motivos de su crimen, transmitida por todos los medios de comunicación.

En esta historia, biográfica, comunitaria y convulsa, existe una necesidad existencial, urgente e inmediata: la autorización, sea esta sexual, religiosa, judicial o psicótica. Obsesión que, como objeto, lleva al personaje a extremos inimaginables.

La complejidad de las relaciones sociales, las insospechadas correspondencias de miradas y lenguajes, sus desencuentros y simbolizaciones siniestras aceleran, detienen o sincronizan, los diversos ritmos y tiempos que producen, según Foucault, la vida de los hombres infames.

Pero lo que no se puede calcular, en esta ciencia de inventar, el perfil del criminal que confirme los rasgos antisociales y de alta peligrosidad del sujeto que delinque, son las consecuencias de esta reducción de la complejidad

² Foucault M. *La vida de los hombres infames*, La Piqueta, Madrid, España, 1990, pág. 246.

del fenómeno social —en la simplificación y ocultamiento de la impunidad—, con la que actúa el poder del Estado que estigmatiza a un solo individuo culpándolo de todo lo demás.

El Estado se atribuye la versión oficial, que se impone como real, en la cotidianidad del tránsito y de los vasos comunicantes en que se sumerge toda persona en la urbe.

El judicial mata, con disparos de arma de fuego, a dos mujeres y hiere en una pierna a un hombre, dentro de un vagón del metro que viene de la estación La Raza. Los hechos, todavía calientes en la memoria de miles de personas que se enteraron del aquelarre que se llevó a cabo en un transporte moderno y suburbano, ya se mitificaron, tanto en el folklore nacional como en la discursiva de los especialistas.

Una interrogante nodal plantea cómo, desde ciertas lecturas de estos actos de violencia extrema, se derivan en un actor solitario la condensación de las diversas dinámicas de patologización de lo social. La culpabilidad o no carece de importancia para el fenómeno de la estigmatización, por el lugar en el que quedan colocadas las víctimas y el victimario, lo que actúa como foco que ilumina el caos y la devastación de la imaginación social, poniendo al individuo desviado como culpable absoluto de todos los males que nos aquejan como comunidad.

El reto, para las ciencias sociales que trabajan la crítica, es tratar de no individualizar —como producto sólo de una imaginación enferma—, con el arquetipo que la psiquiatría le ha impuesto al delirio, a la alucinación, a las distorsiones de la personalidad y a los soliloquios. Al individualizar así el fenómeno sólo se evita entrar en la complejidad de las lecturas sociales, acto que por omisión, paradójicamente, legitima la culpabilización del sujeto como única salida.

No se pretende, entonces, recargarse del otro lado de la interpretación, que sociologiza el fenómeno de la violencia extrema como una estructura en desorden que necesita del endurecimiento de sus métodos para corregir las desviaciones.

El proyecto de poder y control colectivo deriva en un nudo de preguntas y cuestiones a resolver: ¿la multiplicación real, simbólica e imaginaria de más centros penitenciarios consagrados a los delincuentes de alta peligrosidad, como ejemplos biográficos aislados de ángeles negros es una mitología que transmite su mensaje, su enseñanza y su conclusión?

¿Esto quiere decir que necesitamos como sociedad más Almoloyas de Juárez? ¿Aprobación de la pena de muerte? ¿Reducción de la edad penal?

¿Más presencia de la policía en la calle, en todas sus presentaciones, para que se incrementen geométricamente las denuncias vecinales y el índice de violencia provocado por el dispositivo sumario de las fuerzas del orden?

En la misma tesitura, la interpretación que la criminología oficial deja caer sobre la infancia del delincuente, o sobre los arquetipos de la sociedad que lo condicionan a transgredir la ley, la norma y la moral del *so-cius*, instala como dispositivo de saber hermenéutico la máquina de producción del delincuente, su caracteriología y su corrección. La diversidad de las instituciones convocadas en la condena determinan los límites de acción espacial y temporal del sujeto anómico; son los clivajes simbólicos y precisos que emanan de los muros concretos del encierro, como exclusión y castigo que se inscribe como marca en el aprisionamiento físico del cuerpo al que se recluye.

El ocultamiento, distorsión y tratamiento amarillista, han distinguido a los medios masivos de comunicación, las cuales lo han hecho intencionalmente para no permitir la difusión de otro modelo de lectura del acontecimiento, en la más cínica manipulación del mensaje, al igual que las comunicaciones oficiales. Por lo tanto, trataré de problematizar esta situación desde otra óptica en el ejercicio de escritura que sigue.

Aunque el hecho que describo no tiene como propósito basarse en una verdad objetiva y literal del acontecimiento, cosa por demás imposible a pesar de la obsesión con la que se hacen registros del magnicidio en la nota roja, escribo con la intención, tal vez fallida, de no caer en un comentario a la noticia o en un ensayo periodístico.

El punto de interés que anima la escritura de los acontecimientos del texto está en la construcción de metáforas y analogías, que pueden ayudar a pensar los fenómenos de violencia y el aparente sin sentido que los anima por cuanto perturban el presente.

Creación, invención y poíesis que se intentan con la elaboración de una óptica crítica que nos permita retomar los viejos problemas con una mirada diferente, complementaria, antagónica y que pueda incorporar lo no pensado de la sensibilidad del acontecimiento estético en de la dimensión literaria.

Los párrafos anteriores son un intento para repensar el modelo, las estrategias y el imaginario social en el que se basa la institucionalización de la personalidad del sujeto; sujeto de la violencia y violencia del sujeto que se despliegan como redes fragmentadas que impactan su entorno. No

sabemos si el impacto es contraviolencia que alimenta la resistencia del grupo o desquiciamiento individual en las sociedades contemporáneas.

En este caso, como decía mi abuelita: para muestra basta un botón.

Edipo en el vagón del metro, persona no grata

[...] estoy comenzando a sentir la embriaguez en que te sumerge esta vida agitada y tumultuosa. La multitud de objetos que pasan ante mis ojos, me causa vértigo. De todas las cosas que me impresionan, no hay ninguna que captive mi corazón, aunque todas juntas perturben mis sentidos, haciéndome olvidar quién soy y a quién pertenezco.

Saint-Preux.

La nueva Eloísa. J.J. Rousseau, 1761.³

Edy, durante su adolescencia, fue sorprendido por el juicio inquietante que el morbo ejercía en la mirada de su madre, cuando se acariciaba con su primo entre las oscuridades que propicia el secreto, a puerta cerrada, en su cuarto. Esto pudo haber sido un hecho real en la historia del personaje, o básicamente literario, pero en este caso, lo que importa es la fantasía colectiva que analizaron formalmente los medios de comunicación, al dedicarle cientos de hojas de papel, tiempo de imagen en el televisor, así como innumerables comentarios de especialistas en el tema, transmitidos en las ondas de radio. Un lugar de peso lo ocuparon las extensas y complicadas escrituras que a propósito del tema se publicaron en revistas de opinión, para explicar y tratar de cotidianizar el acontecimiento.

El punto de alta densidad que interesa es que el loco protagonista de este relato, impulsado por un nudo complejo de conflictos acumulados en su infancia, que se precipitan en la etapa de la pubertad, se inscribió a un seminario católico en el mismo momento en que estaba cambiando de voz y le emergían de las profundidades de la represión autoritaria del macho sus tendencias homosexuales.

Durante un instante de duda se dejó llevar por la tentación de dedicar su existencia entera a anclar sólidamente sus demonios a una idea metafísica: Dios; para que durante su apostolado de novicio confirmara, al paso de los días y de los meses, su imposibilidad sacerdotal y, después de una breve estadía, claudicar.

³ Citado por Dumoulié, C., en *Nietzsche y Artaud. Por una estética de la crueldad*, Siglo XXI Editores, México, 1996.

En muy poco tiempo aparece en un escenario aparentemente extremo al del seminario, con las mismas preguntas y más angustiado, pero embaldado en un proceso más complejo que va creciendo en sus adentros con intensidad.

El personaje, acicateado por la degradación que genera la duda, aparece, guiado por la hipersensibilidad que caracteriza al psicópata, en una institución equivalente: la policía judicial. Institución a la vez paradójica y contradictoria, por la expresa contundencia y solidez que imprime a sus acciones basadas en el poder que otorga la corrupción, en y dentro del mundo concreto y real, lejos de las abstracciones divinas, pero íntimamente ligado a ellas.

Posiblemente el nombre del sujeto se condense en su apodo analítico: Edy, quien desesperadamente buscaba a su padre en la imagen especular, que invariablemente le devuelve la confusión de la ausencia o del vacío que impregna su identidad, misma que experimenta en la incertidumbre de dos instituciones —en el papel, iglesia y policía— radicalmente opuestas por los objetos de influencia que las definen: el apresamiento del cuerpo y la liberación del alma.

Sin embargo, ante la totalización y equivalencia de los métodos de disciplina y control de los sujetos la iglesia y la policía se tocan en los extremos. Es decir, los métodos de expiación y confesión de la culpa, que mediante diversas vías de tortura extraen las instituciones que vigilan y condenan el alma para debilitar el cuerpo o las que laceran el cuerpo para sobreponerse al dominio del alma.

... por la boca del verdugo habla la voz de la víctima.
Deleuze

La institución religiosa y la máquina judicial están centradas en un dispositivo imaginario muy distinto y también espeluznantemente similar: la relación entre los dispositivos imaginarios para extraer la confesión de la conducta desviada. Ambas visiones del mundo son componentes de la parafernalia del Estado, para infligir una condena que, en la excepción de la regla, se basa en otorgar el perdón como pedagogía de la tortura colectiva, que guía las buenas conciencias individuales.

Son dos dimensiones que se muestran con diversos proyectos y orígenes, pero que, en el mundo moderno, convergen en la configuración de la moral y la disciplina que proponen como instrumentos de las sociedades por llegar.

Cabe mencionar que en la institución policiaca en la que ingresa Edy, para ser admitido, se le somete a un proceso de selección que incluye un curso propedéutico, entrevistas y exámenes psicométricos. En síntesis, es aceptado como agente secreto de la judicial, avalado por el método de selección que el lenguaje psicológico pone al servicio de la policía, legitimando el perfil del judicial.

Se puede asegurar que esa madrugada retornaba después de varios días de andar perdido en algún lugar de la región del Bajío. Aseguran testigos, y él mismo, que estuvo tomando por varios días.

Alquiló por dos noches de larga espera un cuarto en un hotelucho de mala fama. Se la pasó esperando a su amante, pero éste nunca llegó a la cita. Edy, en la caída al vacío, decidió regresar a la ciudad de México. Compró un boleto de autobús; estaba nervioso, desconcertado, no sabía bien a bien qué era lo que estaba sucediendo a su alrededor, ni qué cita determinante le preparaba el encuentro de su historia personal con las repercusiones de la realidad actual. La moneda de su destino estaba inevitablemente en el aire.

Subió al camión y se hundió en su asiento. En el trayecto, lo único que lo mantenían alerta eran las lágrimas que corrían intermitentemente serpenteando su rostro sin que el rictus se inmutara; justo en el momento más profundo del insomnio que lo tomó como rehén en el tránsito a la ciudad, comenzaba a rebelarse.

El quiebre de la subjetividad se aproximaba a la metrópoli.

Llegó poco antes de las cinco de la mañana, por lo que tuvo que esperar a que abrieran el metro para transportarse hacia algún lado, hacia cualquier referente que todavía conservara algún sentido.

Las puertas de la estación se abren y Edy se apresura para llegar al andén, donde aborda el primer *convoy* del día. A esas horas de la mañana todavía hay asientos disponibles, pero decide quedarse de pie, recargado sobre los tubos de una de las puertas de acceso. Suponemos la fase anterior al brote: el sujeto va deprimido,⁴ triste, angustiado, con una sensación que no le era ajena en el pecho, pero que lo hacía sentirse muy extraño.

⁴ Aquí se puede recordar la vieja teoría del psiquiatra argentino Enrique Pichón Riviere, en el estudio y desarrollo de la noción de depresión, no como un síntoma, sino como eje o enfermedad única de la cual se desprenden todas las demás distorsiones de la personalidad. Pichón, R. *Del psicoanálisis a la psicología social. (El proceso grupal)*, Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina.



... la mirada reprobatoria de la madre como gatillo

Todo era absolutamente indiferente, hasta la intersección de dos formas de ver el mundo. Lo perturban unos ojos femeninos que se clavan en su persona hasta el límite del delirio. Sale de su ensimismamiento e intercambia fijamente la mirada con la señora que lo observa sin perder detalle.

De inmediato sobreviene una pausa, contiene un chispazo en la implosión del vacío que gobierna el escenario de hiperviolencia, el cual se congestiona de sin sentidos, al tiempo que Edy saca de entre sus ropas un revólver —de uso exclusivo para las fuerzas del orden— y le dispara dos balazos a la cabeza, sin mediar una sola palabra. Otra señora, atónita, mira al poseso como intentando pedirle una explicación que sea capaz de detener lo inexplicable, cuando recibe dos disparos mortales que dejan su cuerpo fulminado al instante.

Un pasajero le sale al paso y recibe un disparo que le revienta en la pierna.

El sujeto fáustico, con sólo tres pasos encuentra de frente las puertas del vagón. El metro empieza a detenerse ante la próxima estación de La Raza. En la escena del parricidio, levanta el arma aún caliente y se la pone en la sien cuando el vagón se detiene. Él históricamente duda; las puertas se abren, y delante de su rostro aparece un niño que se dispone a ir a la escuela. Edy baja el arma, la guarda despacio en uno de los costados de su cuerpo, entre sus ropas, y camina lentamente, sin prisa, hacia los andenes de salida.

En el infierno, recién inaugurado en un vagón del metro, también hay un héroe.⁵ Llega al lugar del crimen, justo uno o dos minutos después del acontecimiento a inspeccionar qué pasó. Es un policía preventivo que coincide en edad con la del homicida que tiene aproximadamente 21 años. Tarda poco en recuperarse del impacto que genera el asomarse a lo indescriptible.

El hombre que se atrevió a interponerse al asesino y al terror se desangra, pero tiene la lucidez para dar las señas particulares del psicópata. El adolescente uniformado corre a buscarlo hacia la salida de uno de los andenes. De pronto se topa con el multihomicida; las señas particulares coinciden, es muy joven, camina lento, ahí va.

⁵ Este muchacho es policía auxiliar y, ante el cumplimiento de su deber, fue ampliamente publicitado y su ejemplo usado para convertirlo en uno de los héroes de la sociedad civil.

Pero hay algo muy inquietante y siniestro⁶ que no concuerda con lo que acaba de suceder. Edy va aparentemente tranquilo, como si no hubiera pasado nada; tratando de mostrarse imperturbable, sin un solo gesto que deje entrever la masacre que carga en su cuerpo.

Es tan bueno el intento por pasar desapercibido que, por instantes, hace titubear al perseguidor, hasta que éste se atreve a detenerlo armado con su macana, sabiendo que el asesino está armado con una pistola. Salta sobre Edy, pero para la inteligibilidad del fenómeno se delinea otra cosa curiosa: el inculpaado no ofrece una franca resistencia, más bien se somete al arresto fácilmente. Al parecer el retorno del desquebrajamiento anunciaba que ya todo había pasado.

La detención y traslado a las oficinas del ministerio público pareció sólo un instante; los reporteros perseguían afanosamente la nota roja para teñirla de amarilla, se peleaban la primicia, el encabezado de las primeras planas. Edy calla con un silencio que lucha por no manifestarse desde el interior ante el micrófono con el membrete de Televisa. Pero visiblemente molesto por la demanda incisiva del reportero, contestó: “no quiero hablar para Televisa porque ustedes todo lo tergiversan; luego van a decir que los maté porque los quería robar y no fue así, los maté por depresión”.⁷

Lecturas oficiales transmitidas a los medios de comunicación por sus especialistas y por autoridades correspondientes encargadas de explicar el caso a la opinión pública

Jefe de la Policía Judicial: no estaba de servicio, faltó por varios días a su trabajo, por lo que no se puede culpar a la institución.

Sergio Sarmiento (¿analista político? de TV Azteca): es un evento de sangre que sólo se veía en las sociedades altamente industrializadas, como

⁶ Entendiendo por siniestro cuando el símbolo ocupa el lugar de lo simbolizado.

⁷ Tal vez en esta declaración, realizada pocas horas después del acontecimiento de terror que privó por unos minutos a bordo de un vagón del metro en movimiento, podemos asistir a la ruptura de una cierta eticidad presente en el discurso dominante de la criminalística, cuando el hecho en concreto se vive por su ejecutor como algo menos importante de lo que es, para el asesino, cuidar su imagen transmitida y difundida a todo el país y al extranjero, a través del televisor (*24 Horas*, horario tres estrellas, vía satélite y en cadena nacional). ¿Qué lugar ocupan ya los medios masivos de comunicación y las tecnologías de punta, que los desarrollan día a día, en la conciencia de participación de los sujetos con respecto a sus grupos e instituciones de referencia? Sobre estas cuestiones parece ser que nos hemos olvidado de plantearlas a tiempo, y ahora, quizás, ya resulta demasiado tarde.

los Estados Unidos, afectados por los excombatientes de la guerra de Vietnam. Pero si ya sucedió en nuestro país, no es cuestión de asustarnos sino de incrementar las medidas de seguridad.

El Regente: por eso insistimos en incrementar la vigilancia en el Metro y los operativos de revisión de los pasajeros, para ayudar en el desarme de la sociedad.

La reportera: pero en este caso no habría servido de nada porque el homicida es judicial y portaba la credencial de la corporación, lo que lo habilitaba para usar y llevar el arma con la cual cometió el crimen.

El Regente: Silencio.

¿Cómo imaginar una lectura distinta?

La explicación convencional sobre este tipo de hechos violentos trabaja por lo menos tres momentos de análisis.

Primero, los argumentos que se centran en la historia del sujeto, en sus traumas y complejos edípicos, lo que da como resultado una mala resolución de la identidad sexual. La combinación de todos estos elementos, desde una cierta matriz dominante de interpretación especializada, propone la mala elaboración de modelos culpigenos y por lo tanto la producción de mentalidades psicopáticas. La conclusión para este sistema de verdad es la locura de un sujeto que de pronto revienta y se lleva entre las patas a los demás.

La segunda vertiente de opinión y análisis privilegia el ámbito de producción de lo social por sobre otros elementos, pero se ubica en el centro de la obviedad al trabajar el problema de la pobreza extrema como proceso social desestabilizador, cuestión que, por lo demás, es la línea de análisis que homologa todas las lecturas al crecimiento de la imposibilidad social para conservar y hacer crecer las expectativas de bienestar personal y colectivo.

La tercera lectura plantea la íntima vinculación entre la constitución del psiquismo y la degradación de la estructura social, pero como una investigación propositiva en cuanto al vacío de nuestra era.

Es necesario hacer un breve comentario más sobre cada una de las vertientes de opinión especializadas que intentan volver inteligible la hiperviolencia subterránea que se experimentó a bordo de los vagones del Metro.

El argumento que este deplorable acontecimiento generó en los periódicos y canales televisivos se resume básicamente en una fraseología caracterizada por sus adjetivos descalificativos y condenatorios al

sujeto que fracasó en su moral de adaptación al clima de extrema violencia que inunda nuestros tiempos; tiempos en los que el sujeto es fuertemente distorsionado por la incapacidad que denota para contener sus accesos sociopáticos de locura.

El fenómeno “psi”

En esta postura oficial, los hechos sólo son datos de una casuística sin sentido, pues la historia personal del asesino, a los ojos de los profesionales “psi”,⁸ siempre tendrá datos que puedan ser producidos como causas de su peligrosidad. Empero, la sociedad en su conjunto, sus formas de gobierno y la institucionalidad de lo ético, no están bajo discusión y más bien aseguran como respaldos de la identidad del sujeto la culpabilidad y el castigo personal, mensaje ampliamente difundido y publicitado por los voceros del Estado.

Como diría McLuhan, el medio es el mensaje como única forma de ortopedia social.

La máquina de control y producción de la condena actúa sobre la exaltación de la culpa individual y la atenuación de los aspectos sociales, políticos, económicos y morales que llevan al delincuente a cometer el ilícito.⁹ Lo que da paso al enrarecimiento del ambiente de convivencia colectiva, ya que se decanta en un clima de vigilancia vecinal centralizada en las actitudes individuales.

Lo que recuerda la consigna que surgió inmediatamente después del triunfo de la revolución francesa, y de la cual da testimonio Rousseau en su clásico *Contrato Social*: “que el camarada vigile al camarada, para que no se traicione el buen curso de la revolución”.

⁸ Cuando me refiero a los profesionales “psi”, lo hago pensando en el intenso y profundo trabajo que desarrollan los esposos Castel en Norteamérica, investigando la psiquiatría de sector, en donde descubren el proyecto de intervención en la gestión de riesgos comunitarios de todos los profesionales marcados por el fenómeno de ser psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas, psicodinámicos, psico-bióticos, psico-energéticos, psico-ecológicos, psico-somáticos y anexas.

⁹ Aquí es interesante poner en tensión el discurso de algunas tendencias ecologistas-humanistas, que antes que nada culpan al sujeto de sus hábitos de consumo y de su relación con la naturaleza, sin tener en consideración el sistema de producción que hegemoniza la relación de la sociedad con sus entornos naturales y con sus ecosistemas, como lo son y lo han sido por décadas, la devastación indiscriminada de selvas y bosques, de recursos minerales, de fauna, flora y pesca. Y qué decir del gobierno francés con sus seis pruebas nucleares en el Atolón de la Polinesia.

El corte sociológico y psicosocial se encuentra con un problema ineludible en la interpretación de estos eventos de hiperviolencia y de sangre: el desbordamiento de lo pensado y analizado para estos casos; en donde el hecho en sí mismo pone al descubierto los límites concretos de las especulaciones en las que se asientan las verdades que han levantado grandes edificios dedicados a las teorías sociales, que por siglos han determinado la explicación de la manera de pensar, sentir e imaginar de pueblos enteros.

La incapacidad que los lenguajes especializados han mostrado para replantear un orden social distinto se objetiva en los conceptos que interfieren la práctica y se deniegan en los terrenos de la creación y recreación de la diversidad de las formas sociales.

Esto es, para no ir mas lejos, el asalto de la dimensión de lo complejo a los campos normativos del lenguaje especializado, que se centra en la simplificación de la realidad por método. Es, asimismo, la explosión de un orden social sólo conservado intacto en la ritualística de investigación que indaga sobre la noseografía de una ficción: la sociedad producida y territorializada *ad-hoc*.

Cuestión que, al sustentarse en la actualidad, es altamente peligrosa en cuanto a la maquinaria de violencia y de propagación de terror que engendra. Es, por así decirlo, un estado social de cómo deben ser las cosas, noción que intenta hegemonizar con estos fines que se transforman en medios lo diverso de su propia negatividad —justo en el tránsito a la democracia— para controlar y reprimir las demandas de descontento, que provienen de las policromías de los modos y maneras de ser del mexicano; con todo y las yuxtaposiciones culturales que ponen en cuestión la identidad colectiva que el poder político ha impuesto como dominante para muchos de los sectores que integran la subjetividad y el imaginario de las comunidades y que dan vida y bañan por sí mismas de sentido la realidad nacional.

Lo complejo de la diversidad

El éxito y eficacia de este mensaje sólo es posible en una sociedad que ha sustraído al individuo no ya del producto de su trabajo, sino de la imagen y confianza de sí mismo: su fracaso no es entonces sino el testimonio de su íntima inferioridad. La disolución psicológica de lo social transforma así toda carencia en estigma personal. Es más, al gravitar la responsabilidad sólo sobre el individuo, las tomas de

posición colectivas o revolucionarias pierden todo sentido. El resentimiento o desajuste social, que podían antes canalizarse —y purgarse— en la lucha o denuncia de las estructuras sociales de dominación, sólo pueden ahora traducirse en ansiedad, en sorda e impotente conciencia de marginalidad, y de culpa sin otra salida que la autoaniquilación.

X. R. de Ventós. 1980.¹⁰

El desorden, la crisis, el azar y la permanente rebelión de la violencia de la realidad ante nuestros métodos para atraparla, interrogarla o penetrar en su complejidad, nos plantean más preguntas y obstáculos que dispositivos de respuestas a interrogantes que, en un pasado inmediato, todavía eran dignas de cierta reflexión sobre el producto máspreciado para la explotación del hombre por el capital: el deseo y su máquina de producción social.

En este rizoma de pensamiento, el aumento desorbitante de la criminalidad en el país se relaciona con las reformas económicas de las últimas décadas, que han terminado por minar las expectativas y esperanzas de un futuro prometedor para las grandes mayorías de habitantes que se ven desplazados por el mundo concreto del desarrollo y el progreso. Nociones que impulsan una visión del mundo según la cual todos los valores sociales se transforman en capital y mercancía, para luego desvanecerse en el aire.

La estrategia neoliberal de globalización de los mercados es fundamentalmente, y antes que nada, una intervención directa sobre la intimidad y la privacidad de los sujetos, que inaugura otra época: la invasión de la esfera privada por parte de la esfera pública. El producto es un mundo normativo que toma por asalto, con otra moral, el mundo de la desviación y de la perversión social, en el sentido de una inversión de la eticidad del vínculo.

En este horizonte de percepción:

¿Dónde se encuentran los clivajes del psiquismo individual que dotan de significado al movimiento comunitario de inconformidad?

¿Cuáles son las posibles vinculaciones contemporáneas entre formación y estructura del psiquismo, y sus soportes institucionales y políticos?

¿Qué lugar ocupan la incertidumbre, la violencia y el cinismo en la vinculación de las instituciones con sus sujetos?

¹⁰ Rubert de Ventós X. *De la modernidad*, Península, Barcelona, 1980, pág. 261.

¿La decadencia de la sociedad mexicana es también la degradación del sujeto en su conducta ética y moral?

Desde mi punto de vista, estas cuestiones no se pueden seguir ocultando o soslayando en la interpretación que los analistas e intelectuales confeccionan respecto a hechos de violencia extrema por el efecto "boomerang"¹¹ que generan. Es necesario trabajar la formación de tendencias de opinión distintas, con estas reflexiones éticas sobre la sociedad y el proyecto que cada quien legítimamente se imagina como modelo de mejoramiento y bienestar. Lo que incluye la lectura de la negatividad social desde referentes tomados del ritmo social e histórico en que se transforman los imaginarios colectivos que producen lo real.

En cierto modo, toda sociedad diseña de antemano las formas de contestación posibles: una sociedad que ha personalizado y transformado en valor personal o en significado objetivo, todos sus imperativos, no permite otra salida que la destrucción de este sentido mismo: la violencia revolucionaria sólo se supera así al precio de dejar su lugar a la violencia gratuita. La disolución de la realidad social culmina y se bifurca así en dos corrientes o alternativas perfectamente complementarias: el terrorismo y el cinismo.

X. Rubert de Ventós.

Bibliografía

- ARJUN, APPADURAI (ed.). *La vida social de las cosas*, Grijalbo y CONACULTA, México, 1991.
- AULAGNIER, P. *Un intérprete en busca de sentido*, Siglo XXI Editores, 1994.
- Bastide, R. *El prójimo y el extraño*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
- BAUDRILLARD, J. *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Kairós, Barcelona, 1978.
- *De la seducción*, Cátedra, Madrid, 1986.
- *La transparencia del mal*, Anagrama, Barcelona, 1997.
- BENTHAM, J. *El panóptico*, La Piqueta, Madrid, 1979.
- BLANCHOT, M. *El espacio literario*, Paidós, Barcelona, 1992.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. *La violencia de la interpretación*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988.

¹¹ Es decir, los medios masivos, con los voceros autorizados para emitir una opinión académica, partidista o gubernamental, literalmente lanzan hacia los diversos sectores que conforman la sociedad interpretaciones que el medio homologa y no espeta en su peso específico ni en su diferencia; por lo que produce lo que desea evitar. El medio es el mensaje. Evitar la violencia por medio de la manipulación del mensaje, con un contenido ideológico e imaginario que coloca a la mayor parte de los mexicanos como ciudadanos que todavía no han cumplido la mayoría de edad, por lo que el Estado se abroga la tutoría-paternalista del sujeto, cuestión que por lo demás produce violencia contestataria, sobre todo cuando se intenta estupidizarnos.

- CASTORIADIS, C. *Los dominios del hombre: Las encrucijadas de un laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- *El psicoanálisis proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992.
- CASSIRER, E. *El mito del Estado*, FCE, octava impresión, México, 1993.
- CLASTRES, P. *Investigaciones en antropología política*, Gedisa, México, 1987.
- DESROCHE, H. *Sociología de la esperanza*, Herder, Barcelona, 1976.
- DONZELOT, J. *La policía de las familias*, Pre-textos, Valencia, 1990.
- DUMOULIÉ, C. *Nietzsche y Artaud. Por una estética de la crueldad*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
- FOUCAULT, M. *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1978.
- *La vida de los hombres infames*, La Piqueta, Madrid, 1990.
- *Saber y verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991.
- GEERTZ, C. *Los usos de la diversidad*, Paidós, Barcelona, 1996.
- LIPOVETSKY, G. *El imperio de lo efímero*, Anagrama, tercera edición, Barcelona, 1993.
- LYOTARD, J. F. *Dispositivos pulsionales*, Fundamentos, Madrid, 1981.
- MONSIVÁIS, C. *Los rituales del caos*, Era, México, 1995.
- MIER, R. "Etnografías: las encrucijadas éticas del relativismo", en *Versión*, núm. 4, UAM-X, DEC, México, abril de 1994.
- "Los paisajes de la guerra", en *Luna Córnea*, núm. 6, CONACULTA, México, 1995.
- PICCINI, M. "La sociedad de los espectadores. Notas sobre algunas teorías de la recepción", en *Versión*, núm. 3, UAM-X, DEC, México, abril de 1993.
- "Ciudades de fin de siglo. Vida urbana y comunicación", en *Versión*, núm. 5, UAM-X, DEC, México, Abril de 1995.
- "Redes urbanas y culturas audiovisuales en la ciudad de México", en *Argumentos*, núm. 24, UAM-X, DCSH, México, septiembre de 1996.
- RICOEUR, P. *Si mismo como otro*, Siglo XXI Editores, México, 1996.
- STEINER, G. *Lenguaje y silencio*, Gedisa, Barcelona, 1994.
- SUÁREZ, A. (com.). *Razón, locura y sociedad*, Siglo XXI Editores, segunda edición, México, 1979.
- VANEIGEM, R. *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, Anagrama, Barcelona, 1988.
- VATTIMO, G. *La sociedad transparente*, Paidós/ICE/UAB, Barcelona, 1994.
- *Más allá de la interpretación*, Paidós/ICE/UAB, Barcelona, 1995.
- VIRILIO, P. *La máquina de la visión*, Cátedra, Madrid, 1994.
- *El arte del motor*, Manantial, Buenos Aires, 1996.
- VILLAMIL, R. "El concepto de lectura de la situación en ciencias sociales", primera y segunda parte, en *Revuelta*, núms. 21 y 22, Durango, Dgo., noviembre de 1995 y septiembre de 1996.
- *Las instituciones íntimas*, Cuadernos del TIPI, UAM-X, DEC, México, 1996.